



El cardenal Giorgio Marengo sonríe ante la satisfacción de una recién concluida visita del Papa a Mongolia, de la que es uno de los artífices, que ha dado "grandes resultados" para el presente y el futuro del país. Y no sólo. Resultados además "inesperados" para una Iglesia sin números ni medios que se vio obligada a organizar un acontecimiento inédito en la historia: el viaje de un Pontífice a la tierra de Gengis Kan, bisagra centroasiática encajonada entre Rusia y China, sede de una "Iglesia niña" de poco menos de 1.500 bautizados.

Prefecto apostólico de Ulán Bator desde 2020, actor clave en el Consistorio de 2022 por su edad -49 años-, que le convierte en el miembro más joven del Colegio Cardenalicio, Marengo estuvo al lado del Papa en todos los actos que marcaron la visita: desde su llegada al aeropuerto de Chinggis Khan, donde arrancó aplausos espontáneos a la vista del A330 de ITA Airways, hasta la inauguración, el 4 de septiembre, de la Casa de la Misericordia, durante la cual presentó a Francisco a los enfermos y discapacitados allí acogidos, que entonaron una canción para el Papa. Buscado entre llamadas telefónicas y visitas repentinas a la Prefectura, el joven pastor de esta joven Iglesia acogió a los medios de comunicación vaticanos en la Prefectura Apostólica, residencia del Papa Francisco durante los días del viaje. Un edificio de ladrillo rojo en el distrito de Bayanzurkh, entre un garaje, un supermercado y otro edificio en construcción. En su interior se conservan escudos, banderas, carteles de la visita papal y una fascinante cronología gráfica de la llegada y el desarrollo de la Iglesia católica en Mongolia.

Cardenal Marengo, o mejor dicho, "Padre Giorgio", como todos le llaman aquí. Empecemos por su valoración personal del viaje del Papa Francisco a Mongolia que acaba de concluir...

Bueno, yo diría verdaderamente una gracia total, no sé de qué otra manera definirlo, un inmenso don que hemos recibido, y como todo don gratuito, en el sentido de que ha ido mucho más allá de nuestras esperanzas, de nuestras expectativas. Todo el trabajo, el cansancio incluso de la preparación, porque -precisamente- nuestra realidad es tan pequeña que no teníamos los medios y las personas adecuadas para un acontecimiento así. Luego fue superado por la alegría de tener al Santo Padre con nosotros, por su testimonio, tan humilde, sencillo y

cercano, que creó inmediatamente una sintonía con la gente, con personas de todos los ámbitos posibles.

En el centro de esta visita estaba el encuentro con la comunidad católica, pero para el resto de la población -los no creyentes o los de otras confesiones, por tanto la mayoría- ¿qué significaba ver a este personaje universal venir aquí, hablar, darse a conocer y dar a conocer su misión?

He recibido varios comentarios muy positivos de personas, la mayoría de ellas no vinculadas a la Iglesia, sobre cómo el Papa ha sabido destacar la belleza, la originalidad de este pueblo; sus discursos contenían realmente elementos que hacían que la gente se sintiera orgullosa de ser quien es, porque se daba mucho espacio a la belleza, a la riqueza de este pueblo, a sus tradiciones, a su historia. Así que ver a un líder religioso de renombre mundial venir aquí físicamente, incluso con el elemento de fragilidad que le caracteriza con su maltrecha salud, y traer este mensaje desarmante de fraternidad, cooperación, armonía, ciertamente creó una brecha en los corazones de este pueblo. Y ha contribuido finalmente a un conocimiento de su persona y de lo que representa que, hasta la víspera de su venida, no era tan profundo, sino tal vez un poco superficial.

El Papa no sólo destacó la belleza y la historia de Mongolia, sino que relanzó el papel de Mongolia en el tablero internacional por la paz mundial, y desde aquí también envió mensajes a los dos países vecinos, Rusia y China. ¿Qué ha significado esto para usted? ¿Ha eclipsado un poco la visita o ha dado, en efecto, un nuevo impulso precisamente en virtud de ese papel mundial que el Papa exige a Mongolia?

Creo que el testimonio de paz del Papa, de mensajero de paz, o como él mismo se ha llamado repetidamente peregrino, caminante de paz, el presentarse de esta manera ha contribuido ciertamente a crear una perspectiva. El propio lema " Esperemos juntos " significa que hay esperanza, que no todo está determinado únicamente por la lógica del cálculo, del poder, de la prevaricación, del interés, sino que existe un verdadero mundo espiritual, un mundo moral, fundado en relaciones auténticas que pueden crear las condiciones para una paz duradera. Y esto contribuyó también a que el Papa se posicionara como mensajero de la paz de una manera muy sencilla y directa, creo, a leer la visita con los ojos adecuados, sin hacer argumentaciones que quizá ni siquiera estaban en las intenciones, sino abriéndose al mensaje como tal, es decir, cómo cada pueblo -más allá de su tamaño y peso relativo- tiene una responsabilidad en la construcción de la paz. Y los mongoles tienen una experiencia de esto con la *Pax mongolica*, como mencionó el mismo Santo Padre. Ha sido una realidad y tal vez podríamos aprender de estas experiencias para nuestro presente.

Del Papa llegó también una invitación a la libertad religiosa, al respeto de los derechos y a la coexistencia pacífica entre religiones. En su opinión, ¿puede esta visita conducir realmente a tales resultados o corre el riesgo de quedar un tanto cristalizada en un gran acontecimiento como fin en sí mismo?

Todos esperamos que esta semilla sembrada por la visita del Papa Francisco crezca y eche raíces y se convierta cada vez más en una realidad. Que estos mensajes transmitidos con valentía, con franqueza, con franqueza, luego se conviertan también en programas concretos de vida y de colaboración. Tenemos grandes esperanzas de que todo esto se convierta realmente en un camino, en un camino concreto, porque sabemos que este país también cumple sus promesas. Así que confiamos en que habrá resultados positivos.

Y para la pequeña Iglesia, ¿qué resultados espera usted, como su pastor?

Ante todo en el crecimiento, en la profundización de la fe, que es fundamental, en el redescubrimiento siempre nuevo de la belleza de la fe, que seguramente se convertirá en un arraigo más profundo y eficaz, y por tanto, en la capacidad de expresar esta fe y de vivirla como ciudadano del propio país. Es un don y también una responsabilidad para todos nosotros.

La Iglesia niña que se hace adulta...

Sí, pero esperemos que permanezca siempre en esa infancia espiritual que no es infantilismo, sino mirada vuelta al Señor que luego se concreta en confianza, en abandono, en capacidad de perdón y reconciliación.